

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



**EL PRIMER
BESO**

POR
Anny Ondra

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



El Primer Beso

Deliciosa comedia frivola

Interpretada por la bella y nueva «estrella»

ANNY ONDRA



EXCLUSIVA DE

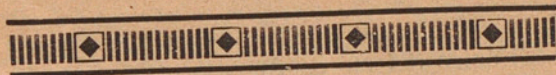
Selecciones Capitolio

DE

S. Huguet, S. A.

Provenza, 290

BARCELONA



El Primer Beso

Argumento de la película

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Colón, el primer hombre que puso de pie un huevo, acometió un día una empresa importante: poner un nuevo mundo en la esfera. Y descubrió la América...

Luego vino Mack Sennett y *descubrió* a las americanas.

A esta clase de americanas "descubiertas" pertenece la protagonista de nuestra historia, Anny Cord, hija de un millonario, y por esta razón y por otras que estaban a la vista, una muchacha riquísima. Quiere decir que además de rica en efectivo metálico, lo era en belleza, en una hermosura verdaderamente ideal.

El único defecto de Anny era que tenía la cabeza a pájaros y que era una muchacha audaz, ligera, que se no preocupaba demasiado de las cosas serias de la vida.

Los deportes eran su ilusión, el remo y el coche, la natación y el tennis y en todos ellos deslumbraba como una campeona.

Aquel día en una de las ciudades veraniegas de los Estados Unidos, se celebraba una carrera marítima.

Bellas muchachas de la colonia estival tomaban parte en ella. Balanceándose de pie sobre las lanchas, jugaban al tiro disparando flechas contra un punto señalado de antemano.

Anny ejecutaba su "sport" con entusiasmo creciente. Segura de su invariable puntería disparaba con bella seguridad alcanzando siempre el blanco.

El jurado la proclamó vencedora.

Al entregarle la copa del triunfo, el presidente de la comisión de festejos la felicitó con gran efusión y le dijo:

—Sólo la divina Artemisa podría disputarle a usted, miss Cord, este trofeo.

—Muchas gracias...

Y saludando cumplidamente a todos los amigos que se acercaban a felicitarla, subió a su automóvil y empuñando el volante se dirigió a toda velocidad hacia la hermosa quinta paterna.

Por el camino encontró un agente de policía en motocicleta que vigilaba la circulación. Al ordenarle que moderase la marcha, aumentó ella todavía la rapidez como si se burlara del agente.

Corrió éste en su persecución y pronto la tuvo casi a su alcance.

La joven al verse perdida descendió del coche y se ocultó a un lado. Y cuando el policía estaba tomando el número del automóvil, Anny, que no quería perder el tiempo en discusiones con la autoridad, subió a la motocicleta del guardia y como un relámpago desapareció.

Quedó el agente echando maldiciones y jurando que le pagaría con creces el desacato. ¡Vaya con la insolente! ¿Es que porque tenía dinero, iba a tomarle el pelo a un policía?

Mientras tanto en la "Villa Ceres", la quinta de recreo de William Cord, el padre

de Anny, se aguardaba con impaciencia la llegada de la traviesa chiquilla.

El padre de Anny era llamado El Rey del Pan porque había amasado en su vida una enorme cantidad de libras y de libretas.

Amapola Flower, encantadora chiquilla, era la secretaria particular del rey panadero, con el cual hacía naturalmente muy buenas migas.

Se hallaban en el jardín de la casa y Amapola preguntó:

—¿Y Anny? ¡No la he visto en todo el día!

—¡Ni yo tampoco!—suspiró el padre—. Lo mismo puede hallarse en el cine que cazando focas con lazo en el mar Blanco. ¡Qué criatura! De esta hija mía puede esperarse todo menos cordura.

—Esos señores de la Peña están ahí... también la esperan.

—¿Y qué voy a hacerle yo?

Amapola hizo un gesto de melancolía y marchó por una de las avenidas del jardín.

Los señores que formaban la Peña se encontraban ya en otra parte del jardín de "Villa Ceres", junto a la hermosa piscina.

Eran nueve. Un amor común los había unido. Y habían fundado la P. E. P. A. (Peña de Entusiastas Pretendientes de Anny).

Artemio Sclerosis era el presidente de la Peña. El único trabajo duro que hizo en su vida fué el de probador en una fábrica de mecedoras.

Aguardaban con impaciencia la llegada de su ídolo, de Anny, que se retrasaba ya demasiado.

El señor Cord, que no quería reunirse con aquella Peña de entusiastas, pues todos ellos le importaban un comino, se paseaba por el jardín ante la casa, cuando vió avanzar hacia él a Archie Dale, su futuro yerno.

Era éste un chico optimista. Creía en los Reyes Magos y en el Pacto Kellogg. También creía que se casaría con Anny.

El Rey del Pan había convenido aquel casamiento, pero Anny no parecía sentir por su futuro marido el menor interés... Dejaba que su padre hiciese proyectos... y señalase hasta el día de la boda... Ella no parecía darle importancia a nada relacionado con su noviazgo.

Prescindiendo totalmente de Archie Dale,

ella seguía frecuentando el gran mundo, la vida alegre de colonia veraniega, los deportes y las jiras, siempre rodeada de aquella Peña de admiradores que formaban su sagrada escolta.

Cord comentó con Dale la extraña ausencia de Anny.

Dale sonreía con aire de hombre infeliz que no se atreve a protestar directamente contra su amada.

Esta apareció, por fin, vestida aun en traje de baño y envuelta en un luminoso alboroz.

Al verla de aquel modo, el señor Cord puso el grito en el cielo.

—Pero, hija... eres de una frescura que congestiona. ¿No sabías que almorzabas hoy con tu prometido?

—Lo único que sé es que estoy invitada por la Peña a almorzar en la Piscina.

—Pero no te haces cargo de las cosas...

—Mira, papá, no tengo ganas de discutir. Adiós.

Y alejóse con pasmosa indiferencia tarareando una canción y sonriendo alegremente a la luz que doraba el jardín.

No tuvo para Dale, su prometido, ni siquiera una palabra de excusa; le era tan indiferente como el paseante que pudiera cruzar por su lado y al que no hubiese visto nunca.

Amapola la encontró en una de las alamedas y suavemente protestó contra su actitud.

¿Dónde se metía? ¿Por qué abandonaba constantemente a su novio? ¿No adivinaba que iba a ser el hazmerreír de las gentes?

—No comprendo cómo puede usted burlarse así de un hombre que a partir de mañana será su esposo.

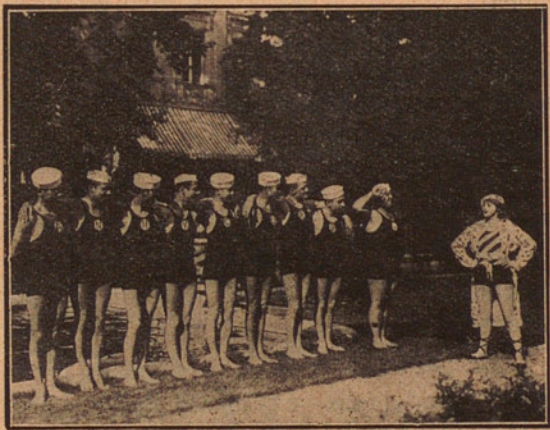
—¿A partir de mañana?—contestó Anny riendo a carcajadas—. ¡Vamos! Veo que aún cree usted en los cuentos de Hadas.

Y dejándola estupefacta, corrió a reunirse con su adorada P. E. P. A.

Los nueve pretendientes en traje de baño y puestos en fila la saludaron cumplidamente.

Ocho de ellos llevaban una letra bordada en el traje y puestos todos en hilera formaban el nombre de Anny Cord, cerrándolo con un punto el presidente.

Luego de reír alegremente fueron a almorzar. Lo hicieron con agua hasta la cintura en una mesa puesta en la piscina.



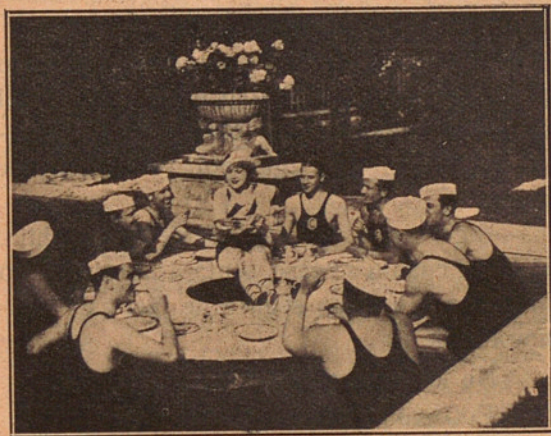
... la saludaron cumplidamente.

Anny se sentó en el centro de ella y presidió la reunión de aquellos hombres galantes que deseaban conquistarla.

Artemio Sclerosis, el presidente, un hombre de extraordinaria gordura, preguntó:

—Oye, Anny. Nos han dicho que mañana te casas. ¿No vas a evitar esa catástrofe?

—No temáis — respondió ella, riendo—. Ya sabéis mi juramento... Sólo me casaré con el hombre a quien dé el primer beso.



... fueron a almorzar.

—¡Magnífico!

—Y ese hombre y ese primer beso no han llegado todavía.

—¿Lo reservas para mí?—dijo Artemio.

—Por ahora, no... Aunque no conozco al hombre que pueda hacerme feliz.

—Pues es necesario que lo busques en

nuestra Peña. Es un compromiso de honor. Uno de nosotros ha de resultar favorecido.

—Ya veremos... ya veremos...

Y reía jovial, contenta de vivir... De Dale, su novio, ni se acordaba siquiera.

Y mientras tanto, el pobre y desairado prometido se quejaba a su futuro suegro del desvío constante de su novia. ¡No había derecho, señor! ¿Es que por ventura no le amaba?

—Algo traviesilla es, en efecto, mi hija. Pero en cuanto se case, sentará la cabeza, no lo dudes. Yo estoy seguro de que está enamorada de ti.

—No lo demuestra...

—Poco comunicativa que es ella.

Y le dió nuevas esperanzas describiéndole un amor a la manera de Julieta y Romeo...

* * *

Llegó el otro día, es decir, la mañana de la boda.

Conocedor del carácter de su hija y de la fragilidad de las uniones modernas, el señor

Cord había preparado la boda de Anny en prudente intimidad.

A lo menos si el divorcio se realizaba a la semana siguiente, no sería tanto el jolgorio y las risitas de los amigos.

Eran contados invitados. El Pastor que debía bendecir la ceremonia aguardaba con impaciencia este momento.

Archie Dale, vestido elegantísimamente para aquel acto trascendental de su vida, iba acompañado de su madre.

Dale era huérfano de padre así como Anny lo era de madre. Tal vez esa circunstancia, la falta de una mujer que la vigilase, había hecho de Anny un prototipo de niña caprichosa que no admitía que la replicasen y quería hacer siempre su voluntad.

Todos esperaban la llegada de la novia que iba a descender de sus habitaciones, vestida de blanco, pura y bella como el azahar.

Pero de pronto unos criados comunicaron una desconsoladora noticia.

—Señor... Señor... La novia ha desaparecido.

—¿Anny? ¡Oh, no es posible!—dijo Cord, pálido como la cera.

Y corrió hacia las habitaciones de su hija sin encontrar rastro de ella. Vió una traviesa mona que Anny tenía para su recreo y que iba vestida con el blanco traje de novia.

Su hija acababa de darle aquel mico.

Aun indagó, reconociendo toda la casa, por si la muchacha pudiera estar escondida en algún lado, pero pronto hubo de convencerse de que Anny se había escapado.

¡Ah, la loca! Seguramente para no casarse con Dale, huía de su lado, dispuesta a cometer nueva sarta de locuras.

¡Oh, Dios!, ¿y qué iba a decir ahora a los que esperaban?

Nervioso, se dirigió de nuevo a los salones y allí comunicó a todos la dolorosa nueva:

—Mis queridos amigos... mi hija... ha... ha desaparecido.

—¿Qué dice usted? ¿Anny? ¡Oh!

El pobre novio estuvo a punto de desmayarse y su mamá le imitó, acometida de infinita desesperación.

Los escasos invitados comentaron en voz baja lo sucedido.

Siempre habían creído a Anny una loca sin enmienda.

El Pastor no perdía el tiempo. Hizo un gesto de contrariedad al enterarse de la fuga y escribiendo unas líneas en un papel adelantóse hacia el novio y se las entregó.

Este leyó con asombro:

Reverendo Isaac Smith.

Precio de una boda de primera

clase 50 dólares

Por no haberse celebrado 25 . "

Suma total. 75 dólares

Dale le devolvió enfurecido aquel papel señalándole al señor Cord. A él, al Rey del Pan debía ir con el recibito.

Este se conformó en pagar al reverendo aquella cantidad aunque considerando que la presentación del recibito era cosa de poca delicadeza.

Irrumpieron en el salón los componentes de la Peña con Artemio Sclerosis al frente.

Iban alborozados, alegres como si fueran portadores de una noticia feliz.

Mirando al señor Cord le comunicaron con un mohín de burla, como si le dijeran: ¡Chúpate esta!

—Se encontró ya a su hija...

—¿Sí? ¿Dónde?

—En un transatlántico... rumbo a Europa...

—¡Maldición!

Cord y Dale estaban desconsolados... En un trasatlántico... La locuela Anny hacía las cosas en serio.

—Pero ¿cómo saben ustedes que ella huyó?

—Un amigo nuestro nos ha dicho que Anny ha sido vista cuando subía al vapor, poco antes de zarpar... Hemos venido aquí a enterarnos de lo sucedido, y los criados nos han dicho que la señorita se había fugado. He ahí todo.

¡Tristes momentos los de aquella velada!

El reverendo se despidió de todos y al ver a los socios de la Peña les entregó a cada uno su tarjeta que decía así:

Reverendo Isaac Smith

Bodas, bautizos, entierros.

Precios especiales al contado y a plazos

Aquellos hombres eran jóvenes y podían ser, a no tardar, buenos clientes. Bodas y bautizos era lo más seguro... Y el Pastor era hombre entendido en tales asuntos.

Les estrechó a todos la mano y salió.

Poco después lo hacían los de la Peña con la alegría en el alma, pues nuevamente Anny estaba libre, ya que aquella fuga era un gesto rebelde contra un matrimonio sin amor.

Salieron los últimos invitados y Dale y su madre. Y cuando el señor Cord se quedó solo se hizo realmente cargo de la situación de su hija y una gran preocupación ensombreció su alma.

¿Dónde iría Anny? ¿Qué haría perdida en Europa sin conocer a nadie?

¡Ah, los hijos! ¡Qué supremo tormento!

* * *

En alta mar, a bordo del hermoso transatlántico que surcaba rápidamente las aguas, Anny escribía a su padre un radiograma.

Señor William Cord.

Querido papá:

Perdóneme si me he ido sin despedirme de ti. Las prisas del viaje, ¿sabes? Estoy camino de...

Se interrumpió. Bueno, ¿dónde iba? ¿Qué dirección tomaría al llegar a Europa?

Fijóse en un cartel que pendía de una pared y que decía con grandes letras:

ALEMANIA... OS INVITA A VISITARLA.

—Ya está—se dijo, riendo.

Y continuó:

... de Berlin.

Besos de tu

Anny.

Dirigióse a la oficina del buque para que transmitiesen rápidamente este cable y una vez que esto fué hecho se sintió ya más tranquila con la alegría de que su padre se vería ya libre de la ansiedad de aquella fuga sin explicación.

En su casa, el millonario panadero, que estaba desesperado, por la conducta de su hija, al recibir el radiograma respiró libremente como si le quitasen un gran peso de encima.

Conque hacia Berlín, ¿eh?... ¿Con los alemanes?... Ya vería ella lo que significaba desobedecer a su padre. Esta vez deseaba escarmentarla para evitar nuevas escapatorias.

Aquel mismo día el señor Cord recibió la visita de un policía. Con cara de pocos amigos, el agente le manifestó:

—Señor mío. Su hija robó una motocicleta de la policía y traigo una orden de arresto contra ella.

—Pero...

—Me la he de llevar. El juez exige su presencia.

¿Esto más? La nerviosidad del señor Cord iba en aumento. Tras la fuga de su hija, ahora la orden de detención.

Rogó al polizonte que aguardara unos instantes y se dirigió nerviosamente al despacho de la secretaria.

—¿No sabe? Un policía ha venido a prender a mi hija. Y yo ignoro realmente dónde está esa criatura.

—¡Qué conflicto!

—¡Figúrese!

Paseó, inquieto, por la oficina y volvió a su despacho. ¿Qué le diría a ese guardia que esperaba el momento de llevarse presa a la hija de un millonario y que ante la ley era una ciudadana como las demás?

La vida de las secretarias de los millonarios yanquis está llena de rasgos heroicos.

Apenas Cord acababa de instalarse ante su

mesa cuando entró Amapola y sonriente, exclamó:

—¡Hola, papaíto!

Los ojos del millonario se dilataron por el asombro. Miró extrañado a su secretaria y en el acto comprendió la nobleza de aquella criatura que iba a ocupar el lugar de Anny para que no se enteraran de la fuga.

El policía contempló a Amapola, y creyó, naturalmente, que era la hija del rey panadero.

—Lo siento, caballero—dijo—; pero tengo que llevarme a su hija.

Cord hizo un gesto de resignación... No había más remedio que acatar las órdenes de la ley. Pero en el fondo de su alma nacía un gran agradecimiento por aquella criatura que con tanta delicadeza se sacrificaba.

Iban ya a salir cuando Cord gritó:

—¡Cómo, hija mía! ¿No te despidas de tu pobre papaíto?

La sonrió dulcemente, pues siempre le había parecido encantadora su secretaria y ahora esta admiración se hacía más grande.

—Perdona, papá.

Con timidez le estrechó la mano, pero el

señor Cord, que quería hacer bien las cosas, dijo:

—¿No le das un beso a papá?

Quedó Amapola sobrecogida unos instantes, pero al fin, viendo que no había otro remedio, acercóse al viejo y le besó en la cara.

Y fué de esta manera como el millonario señor Cord sintió sobre sus mejillas la suavidad delicada de aquellos labios que hacían honor al nombre de su poseedora: eran de amapola.

Marchó la encantadora secretaria con el policía y el corazón del señor Cord experimentó una gran emoción, pues aquel beso parecía haber penetrado por su carne y entrar en su alma avisándole de que aun la vida podía tener para él una ilusión sentimental.

* * *

Coincidiendo con "su" arresto en Nueva York, Anny llegaba felizmente a Berlín y se hospedaba en el Hotel Adlon.

Harry Peters, representante en Berlín del señor Cord, acababa de recibir de éste un

cable confiándole una importante misión particular.

Decía así:

Anny salió sola para Berlín. Merece lección severa. No pagaré ninguna cuenta suya. Búsquela y vigile discretamente sus pasos.

William Cord.

Y un criado de Peters comenzó a buscar por los diferentes hoteles de Berlín a la linda mujer. Por fin, en el Hotel Adlon supo que allí se hospedaba, efectivamente, Anny Cord. Corrió a comunicárselo a su amo. Ahora sólo era preciso vigilarla.

Estableció una vigilancia delicada en torno de la persona de Anny.

El mismo día de su llegada, los periódicos alemanes trajeron esta noticia:

“Cosas de América.

”La policía detiene en Nueva York a la hija del Rey del Trigo. Miss Anny Cord, la heredera de una de las más colosales fortunas del mundo, se halla en la cárcel a consecuencia de haber robado a un agente de circulación su motocicleta.”

El dueño del hotel leyó el anterior suelto y comentó con gran extrañeza:

—Es ella... la del cuarto número 4. ¿Cómo es posible que esté aquí si la han detenido en Nueva York?... Hay que ir con cuidado. Lo mejor será interrogarla.

Y se dirigió hacia la habitación de la bella.

Entretanto, Peters con un grupo de amigos llegaba frente al hotel. Había podido ver ya antes a Anny, pues unos camareros le habían indicado que aquella joven era la americana.

—Yo os la designaré—explicó a sus compañeros—. No la perdáis de vista. Si deja el Hotel seguidla oportunamente.

El gerente del hotel entró en el cuarto de Anny y le mostró el periódico.

—No le sorprenda pues, señorita, que me vea precisado a pedirle sus papeles—le dijo.

—Es extraño lo que ha ocurrido. Pero telefonearé a Nueva York. Mi padre en persona le dirá quién soy.

Bajaron al teléfono y ella dijo a un empleado:

—Pida Nueva York, Hudson, 43-71.

Y momentos después, con la rapidez de esas comunicaciones a través de los mares,

entabló la joven una conversación en la que el tiempo era realmente oro.

Un empleado de Cord comunicó a éste:

—Le llaman de Berlín, señor.

Púsose el Rey de los Panes al teléfono.

—¿Quién es?

—¡Hola, papá guapo! Soy yo, Anny. Espero que no estés muy enfadado por esta... pequeña escapatoria.

La voz de su hija le emocionó, pero reaccionando rápidamente y dispuesto a castigarla en lo que fuera preciso contestó con sequedad:

—Está usted en un error, señorita. Mi hija está en la cárcel... tomando aires.

El gerente del hotel había tomado otro auricular y escuchó la respuesta enérgica del señor Cord.

No había, pues, la menor duda de que aquella joven era una farsante, que usaba un nombre que no le pertenecía.

Anny se vió perdida. Pensó que tal vez aquel hombre la denunciaría a la policía y le hizo poca gracia la idea de estar presa dos veces en el mismo sitio: en América y en Europa.

Y de pronto echó a correr a toda velocidad hacia la calle.

—¡Ah, se escapa! ¡Págume usted!—rugió el propietario del hotel que ya veía el hospedaje en peligro.

Peters y sus amigos en plan de espionaje habían presenciado la escena. Y ante la puerta impidieron al alemán que corriera tras la muchacha.

—¡Déjele usted que se marche!

—Es que me debe dinero... es que usurpa un nombre que no es el suyo.

—Yo también he leído el periódico... pero esté usted tranquilo. Respondo de ella y abonaré lo que deba.

—Si es así...

Peters dijo entonces a sus amigos:

—Y ahora ustedes traten de alcanzar a Anny. Ya me darán noticias... ¡Pero no se descubran!

Y sus compañeros salieron a la desbandada para seguir los pasos de la joven sola en la gran ciudad.

Anny caminó mucho... demasiado para sus pies no acostumbrados a ello.

Y a la hora de comer, la Princesa del Dólar

sólo tenía un panecillo duro... y un hambre canina.

Se había sentado en el banco de un jardín



—¡Déjela usted que se marche!

y allí meditaba sobre su situación asaz comprometida.

Había gastado en el viaje todo el dinero y la negativa de su padre a reconocerla la sumía en un gran contratiempo.

El Rey del Pan hacía aquello para castigarla, estaba segura. Pero lo que Anny no enten-

día ni podía caberle en la cabeza era que la hubiesen detenido en Nueva York.

Entretanto, los amigos de Peters corrieron a comunicar a éste que la joven en cuestión estaba sentada en el banco de un jardín...

Peters, siguiendo las instrucciones del señor Cord, estaba dispuesto a dar una lección a Anny y a hacerla sufrir un poco.

Marchó en automóvil hacia el lugar que le habían indicado.

Había comprado varios fiambres, sabedor de que Anny sólo disponía de un panecillo, como único alimento.

Mientras iba hacia el jardín, en el mismo vehículo quitóse su elegante traje, vistiéndose ropa de obrero.

Descendió del coche.

Fritz, su chofer, no pudo menos de abrigar dudas sobre el equilibrio mental de su amo.

¿Por qué iba vestido de obrero?

Sonriente con su paquete bajo el brazo, Peters se sentó en un banco cercano al de Anny, separado únicamente por unas plantas.

Extendió sobre él su comida, de fiambres, con una hermosa longaniza que abría de modo formidable el apetito.

Cuando la joven aspiró aquel fuerte olor y vió tales preciosidades, sintió todavía hambre más feroz.

¡Qué bueno debía ser aquéllo! ¡Y no tener dinero para adquirir cosa igual!

El obrero comía con deleite mientras miraba de reojo a la muchacha.

Esta, con todo disimulo extendió su brazo hacia la longaniza sin poderla alcanzar.

Tanto quiso acercarse que cayó al suelo.

Harry Peters, que se daba cuenta de que la linda americana estaba sufriendo realmente hambre, se dispuso a divertirse con ella.

Viéndola levantarse del suelo, exclamó:

—¡Para que se fíe usted de los bancos! ¿Se ha hecho daño?

—¡Oh, no ha sido nada! ¡Gracias!

—¡Qué buen día hace hoy!—continuó diciendo el falso obrero, mientras comía los últimos fiambres—. Convida a pasear, ¿verdad?

—Sí... sí...

—La lástima es no poder hacerlo siempre... Porque usted debe trabajar, ¿no? Y naturalmente, no se puede aprovechar el sol.

Anny, turbadísima, no quiso confesar su triste situación y contestó:

—Sí, estoy muy ocupada.

—¿Es usted vendedora?

—Sí... sí... vendedora.

—En este caso, como veo que ha acabado usted ya de almorzar—y acentuó esto con una sonrisa guasona — la acompañaré hasta su tienda. ¿Trabaja muy lejos de aquí?

Cada vez Anny se sentía más abrumada por aquellas preguntas, pero dispuesta a seguir mintiendo, continuó en aquel callejón sin salida.

—En aquella casa.

Y señaló una tienda de modas que estaba cerca de allí...

—Pues cuando usted quiera...

Fueron hacia la tienda. Peters, muerto de risa por el apuro en que ponía a la americana; ésta pálida y asustada, preguntándose cómo iba a salir de todo aquello.

Se despidieron ante la puerta...

Anny entró en aquel almacén de modas, y rápidamente salió por la otra puerta. Pero Peters, que había adivinado la intención, ya estaba aguardándola allí.

—¿Se marchaba usted?—preguntó, riendo.

—Sa... salí un momento pa... para decirle...

que si quiere verme... puede esperarme aquí a la hora de cerrar.

—Muchas gracias por el aviso.

¡Cuánto se reía Harry Peters ante el suplicio que estaba pasando Anny! ¡Bien escarmentada quedaría para no volver a escaparse más!

Anny volvió a entrar en el almacén y el joven la siguió.

Asustada, frenética, Anny fué pasando de sección en sección, temiendo que fuera a descubrirse de un momento a otro su superchería.

Sin saber lo que hacía ni cómo salir de aquel atolladero, al llegar a uno de los departamentos, Anny se colocó detrás del mostrador y comenzó a hacer el artículo a un caballero que deseaba adquirir un sombrero.

Estaba nerviosa; veía al obrero que se hablaba cerca, y deseaba convencer a ese hombre de que era en realidad vendedora del almacén.

Colocó una chistera sobre del comprador. El sombrero era pequeño, la copa demasiado alta y daba al pobre hombre un aspecto ri-

dículo. Como él protestase, ella le interrumpió:

—¿Que la copa es demasiado alta? Nada de eso... es que esas copas, ¿sabe usted?, se suben mucho a la cabeza.

El cliente devolvió la chistera... Anny miró a Peters y como viera que este sonreía convencido ya de que era vendedora de la casa, se dispuso a marchar tan pronto lo hiciera él.

Iba a salir Peters cuando acercósele el gerente del hotel, antiguo amigo suyo.

—¡Caray, señor Peters! ¿Está usted haciendo oposiciones a diputado comunista?

—Tal vez... Y le ruego me haga un favor. Empleen ustedes a aquella muchacha como vendedora y yo pagaré su sueldo.

El gerente accedió y dirigióse a Anny en el momento en que ésta se disponía a partir.

—Sin duda viene usted por la plaza vacante, ¿no? Pues bien, dirijase al jefe del personal.

Anny, maravillada, aceptó de mil amores aquel empleo por salvarla accidentalmente de su grave situación.

Peters se marchó, dispuesto a volver a la hora de la salida.

Horas después, Anny se había ya familiarizado con el almacén. Se hizo amiga de otra dependienta.



—... esas copas, ¿sabe usted?, se suben mucho a la cabeza.

En una de las secciones estaba empleado un muchacho, Walter Stolz, el pianista del establecimiento. Se veía obligado muchas veces a tocar música de negros aun contra su voluntad.

Al verle, Anny se sintió repentinamente in-

teresada por él, y su compañera le explicó:

—Es el Paderewsky del establecimiento. Por la noche toca en el Kursaal. Si quieres iremos a oírle.

—Sí... sí...

A la hora de cerrar se presentó Peters con su vestido de obrero. Bajó del automóvil que guiaba Fritz.

A Anny, sola en país extranjero, no le desagradaba la compañía de aquel hombre y después de presentarle a su amiga, le dijo:

—Nosotras vamos al Kursaal. Nos puede acompañar si quiere.

—Con mucho gusto.

Los tres se dirigieron hacia aquel music-hall. Durante el camino, Peters fué captándose la simpatía de Anny y contó una falsa historia de su vida...

Y entretanto, allá en América, Sclerosis, presidente de la P. E. P. A., visitaba al millonario señor Cord y le decía:

—Somos nueve y cada uno está dispuesto a ser su hijo político.

—En verdad, no es pretensión mía que el marido de mi hija sea muy inteligente—dijo, sonriendo, el señor Cord—. Lo que sí exijo

es que sea trabajador. Yo empecé con un saco de arena a la espalda, y así quiero que sea mi yerno.



—Cada uno está dispuesto a ser su hijo político.

—Yo también he llevado granos en la espalda. Sobre todo en primavera y no me asustan.

—Pues a empezar...

—Le probaremos que los sacos no nos arrebatarán. Y hasta batiremos su record.

Marchó, ufano y alegre, y ya en la calle

habló con sus ocho compañeros, cada uno de los cuales ocupaba un pequeño automóvil. Les dijo:

—El padre de Anny, muchachos, quiere por yerno un cargador del muelle. De modo que a cargar.

Y se dirigieron al puerto y allí se contrataron para las funciones de carga. Todo lo hacían en aras del próximo casamiento. ¿Cuál de ellos sería favorecido con el amor de Anny? Porque era seguro que iba a regresar pronto y entonces se casaría...

* * *

Anny, su amiga y Peters subieron a un autómibus para dirigirse al Kursaal.

Fritz, el chofer de Peters, seguía en el automóvil a su amo, cuya conducta le parecía cada vez más extraña. ¿Por qué vestía de aquel modo e iba en el vehículo de alquiler?

Pero precisamente Peters quería evitar toda sospecha... e hizo señas a Fritz de que no dijese nada.

Llegaron al Kursaal, y se aposentaron en una de las mesas.

Otto Pulmann era el dueño del Kursaal y de una fábrica de cervezas denominada "Los Caballeros la prefieren rubia".

Fritz entró en el cabaret y Peters le llamó y sonriente, lo presentó a sus amigas.

—Es un amigo distinguido—dijo—. Sirve de chofer a un yanqui algo chalado, pero con mucha pasta.

Fritz callaba... y sonreía... No hay duda de que su señor tenía ganas de bromear.

—Ya sabes que estoy sin trabajo y más abollado que un caldero viejo—siguió diciéndolo Peters—. De modo que a ti te toca pagar el gasto.

—¡Yo!... ¿Pero?

Hizo ademán de que no tenía un céntimo, mas su amo, disimuladamente, puso en sus manos unos billetes.

Fritz respiró. La situación estaba salvada.

Bebieron y comieron en abundancia y con gran alegría.

Fritz dedicó sus palabras más tiernas a la amiga de Anny. Esta reía y hablaba con Peters.

Apareció en el escenario la esposa del dueño, Raquel Muelles, que había empezado su

carrera fregando platos en la cocina del Kursaal, pero luego al casarse con el propietario, pasó al escenario. Y la vajilla se salvó...

Era una mujer ya entrada en años, horriblemente pintada, que cantaba de una manera desastrosa.

Anny comenzó a reírse de ella y hasta a echarle bolitas de papel, causando la hilaridad de la concurrencia.

Cuando Raquel terminó sus cantos bajó del escenario y dijo a su marido señalando a Anny:

—Esa hija del tío Sam me ha tomado el flequillo. Y de mí no se pitorrea ninguna hija de su tío.

—No interjecciones, Raquelita, que eso está muy feo. Ten presente que, aunque no lo parezca, eres una señora y que esto es un establecimiento elegante.

Otto se dirigió después al mostrador y disputó con uno de los camareros al que acusó de beber demasiado y de quitarle el tabaco.

El mozo, enfurecido, se quitó el delantal... y abandonó el cabaret. Que se buscara otro a quien poder refñir.

La hermosa Anny al propio tiempo que se

divertía lanzaba dulces miradas a Walter, el pianista, muchacho romántico...

Cuando escuchó la pelea que tuvieron Otto y el camarero sonrió porque una idea la había iluminado.

Avanzó hacia Otto y le dijo:

—Puedo recomendarle a usted un lavaplatos abstemio, y sin vicios emboquillados.

—Si me lo recomienda usted con tanto calor...—dijo Otto, sonriente.

—Con calor tropical. Es un pobre diablo, sin ocupación... Un buen hombre a carta cabal.

—¿Quién es?

Ella llamó a Peters, pues sabedora de que no tenía trabajo estaba dispuesta a proporcionárselo.

Cuando el falso obrero supo lo de aquella ocupación, sonrió levemente, pero en su afán de seguir aquella farsa aceptó las condiciones que el señor Otto Pulmann le impuso.

Se colocó el delantal y comenzó a servir.

Walter fué al mostrador a beber un sifón y distraído manchó con el chorro de agua la falda de Anny. Le pidió humildemente perdón, limpiándole la parte mojada...

Al mismo tiempo reconoció en ella a la nueva compañera del almacén y cambió varias cordiales palabras de cumplido.

La joven se sentía embelesada al oírle... Y cuando marchó del cabaret en compañía de su amiga y del chofer, despidióse de Walter diciéndole:

—Buenas noches, Walter. Me voy con mi amiga, pues duermo esta noche en su casa.

—Adiós, Anny, hasta mañana.

La vió partir dulcemente conmovido. ¡Qué bonita era aquella dependienta! ¡Y tan bondadosa!

Pasó ante Peters, el nuevo criado que había visto recomendar por Anny. Y le sorprendió de modo extraordinario ver que por uno de los bolsillos del mozo, aparecía un grueso fajó de billetes.

¡Qué cosa tan extraña! Pero al fin y al cabo, ¿qué le importaba a él de aquel misterio?

A lo mejor, el lavaplatos tenía sus ahorros...

Y ya no volvió a pensar en tal cosa.

* * *

Anny y su amiga se despidieron del chofer y se dirigieron a dormir.

A la mañana siguiente, muy puntuales, los dos jóvenes se encontraban en el almacén.

Anny había sido destinada a la sección de juguetes.

A eso de media mañana presentóse en la tienda, Raquel Muelles, con cara de pocos amigos.

Al verla, la amiga de Anny dijo a ésta:

—Ahí viene la reina de la canción con el gesto fiero y la mirada turbia.

Anny hizo algunas muecas burlonas a la canzonetista, pero luego viendo la seriedad de ésta, le dijo con cierto tono de ironía:

—Señora, ¿en qué puedo servirla?

—A ver, enséñeme un juguete barato—contestó con desdén y contemplando con feroz antipatía a la mujer que le había tomado el pelo la noche antes.

Le hizo enseñar numerosos objetos... y cuando ya Anny estaba cansada de tanto subir y bajar las escaleras para sacar de las

estanterías altas los juguetes, exclamó, despectiva:

—Realmente, señorita, tiene usted muy poca existencia.

Enojada por lo que le parecía una burla, Anny respondió:

—La que tiene mucha existencia es usted... porque los loros y las cacatúas viven muchos años. ¡Para que se entere!

—¡Loro, yo!

—Sí, loro.. loro.

Allí fué Troya. Las dos mujeres se agredieron mutuamente, tirándose de la melena, pegándose formidables puñetazos como dos boxeadores.

Acudió gente, el jefe de la sección, los empleados, clientes...

De un terrible golpe, Anny derribó a Raquel, y una dependienta levantó el brazo derecho de la vendedora riendo a carcajadas. Triunfadora por knock-out.

El jefe de la sección se excusó ante Raquel de la conducta de la dependienta y dijo a ésta:

—Pase a la caja, señorita Dempsey. Queda despedida.

Walter, desde su sección, había corrido también al lugar del suceso, y viendo que despedían a la muchacha quiso interceder por ella. Pero el jefe le dijo:



Anny derribó a Raquel.

—Usted, Walter, vuelva al piano a machacar teclas, que aquí no se le ha perdido nada.

El músico vió desolado como pagaban a Anny y ésta abandonaba el almacén.

Lanzó una mirada furiosa al jefe de la

sección como un gesto de rebeldía contra él, por haber despedido a la empleada.

El jefe le contestó con otra mirada airada. ¡Cuidado! ¿Qué significaba aquella insubordinación?

¡Vaya con el rascatiempo! Daría parte a la dirección de que se rebelaba contra sus mandatos.

Pero Walter, no pensando en más que en Anny, salió a la calle, para reunírsele; pero no la vió; y quedó desalentado.

Cerró aquella noche y Anny fué en busca de sus amigos al único lugar donde podía encontrarlos. Al Kursaal.

—¿No ha llegado todavía el lavaplatos?— preguntó al dueño, no viendo a Harry Peters.

—Es un tío guillado — dijo Otto—. No sólo no admitió que le pagara, sino que encima me dió dinero.

—¡Qué extraño!

Walter avanzó hacia ella y le dijo tristemente:

—¡Buena la has hecho hoy en el almacén, Anny!

—¡Qué quieres! Ya me saldrá otro empleo.

celarla, Anny se imaginaba que aquella noche la única preocupación de todos los policías del mundo era capturarla.

Cuando veía a algún agente se echaba a temblar.

Llegaron andando ante la casa de Walter y éste le dijo:

—Si no tienes domicilio, ven a mi casa.

—Iré a casa de mi amiga que está en la otra parte de la ciudad.

—Demasiado lejos. Mira, si quieres pondré a tu disposición mi alcoba de respeto que es la que dedico a las visitas.

La idea de tener que ir sola a la otra parte de la ciudad la asustó. Viendo además a un policía cerca de la casa, accedió confiada en Walter a subir a su hogar.

Entraron en la casa y Walter la hizo entrar en su habitación:

—Te dejo mi cama. Yo me acostaré en la alcoba de respeto.

—Muchas gracias, buen amigo.

Y él se fué a acostar en la alcoba de respeto que no era más que una mal cubierta galería... donde caía la lluvia.

Se metió dentro de un cajón y para librarse

del agua que comenzaba a caer cubrióse con un paraguas.

Pasaría una mala noche... pero no importaba sacrificarse por tan linda criatura como Anny.

* * *

A la mañana siguiente Anny despertó temprano. Era preciso preparar el almuerzo para Walter y ella.

Quiso hacer café. Ella ignoraba por completo las faenas domésticas.

Vió café sin moler y para tritularlo no se le ocurrió nada más que hacerlo con un martillo. Naturalmente muchos granos se desparramaron por el suelo.

Después, cuando con grandes trabajos tuvo hecho el desayuno, se dirigió a la alcoba de respeto para llamar a Walter.

Como nadie respondiera, se aventuró a abrir y vió el patio y metido en el cajón, bajo un paraguas, a su amigo.

Este despertó y ella se conmovió mucho al comprender la nohcecita que había él pasado en honor de su huésped.

Mientras ella preparaba el desayuno, Walter cogió un periódico. Una noticia le llamó de pronto la atención. Decía:



... para triturarlo no se le ocurrió nada más...

“La policía sigue buscando activamente a la aventurera que se hace pasar por Miss Anny Cord, la hija del millonario yanqui. Felizmente se posee su filiación. Es rubia, habla nuestro idioma con ligero acento americano. Lleva un vestido y un sombrero blancos”.

Walter miró a su amiga y una gran sospecha cruzó por su imaginación...

En aquel instante llamaron a la puerta y asustada Anny corrió a esconderse bajo la cama.

Era el cartero.

Cuando Walter hubo leído la carta que el buen hombre le entregó, haciendo un gesto de amargura miró a Anny que permanecía aún bajo la cama y le dijo:

—Tú, Anny, te ocultas de algo o de alguien. ¿Por qué no me revelas tu secreto?

—No tengo ningún secreto que revelarte. Y no tengo necesidad de ocultarme de nadie.

—¿Qué hacías ahí, pues?

—Buscaba los granos de café que se me cayeron. La vida es cara... y hay que hacer economías.

—Hay que hacerlas. Yo también estoy despedido del almacén.

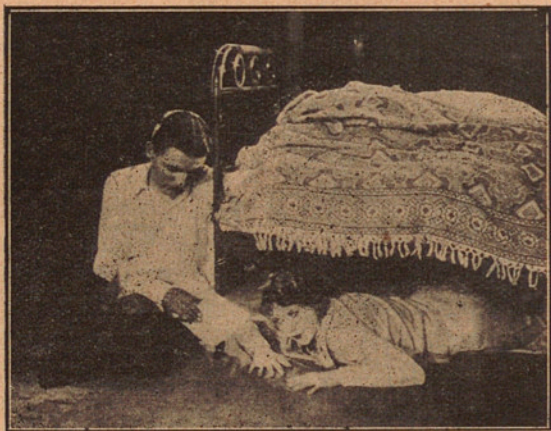
—¿Qué dices?

—Sí. Esta carta me lo comunica... Dice que ayer hice un intento de insubordinación... y que no me presente más en la tienda. ¡Maldita sea!

—¡Pobre Walter!

—No nos preocupemos. Iré a buscar trabajo al Elysée Palace.

Mientras tanto, los amigos de Peters iban a visitar a éste en su casa.



—¿Por qué no me revelas tu secreto?

Peters había vuelto antes a la tienda y al saber que estaba despedida y que no se conocía rastro de ella, su mal humor fué extraordinario. Inmediatamente movilizó a todos sus amigos en su busca y captura.

Le trajeron noticias desconsoladoras. Nadie sabía dónde estaba.

—Pues hay que encontrarla a toda costa. Su padre me cablegrafía que la mande inmediatamente a Nueva York.

Anny y Walter habían ido al Elysée donde estaban celebrando un ensayo.

El director del Elysée Palace asistía, aburrido, al ensayo de la nueva Revista, "Frena, que hay curva". Realmente no veía motivo para frenar.

Anny comentó con su amigo al ver a las bailarinas:

—¿Dónde están las chicas guapas? Se han ido todas a Galveston? Porque aquí no veo ninguna.

El director se fijó en Anny y en lo bonita que era. Dirigiéndose hacia ella le dijo:

—Aquí hay siempre un hueco para una chica guapa. ¿Qué sabes hacer tú, pitusa?

—¿Yo? Estoy perfectamente organizada para no hacer nada. Vine sólo para acompañar a este joven pianista.

—Veamos, pues.

Mientras el director hablaba con Walter y le contrataba, pues precisamente para los nuevos debuts necesitaba aumentar la orquesta con otro pianista, Anny al ver un arco con

unas flechas, recordó que era una gran tiradora y cogiendo una flecha la lanzó hacia el techo para caer con maravillosa puntería dentro de una botella.

Varias veces realizó este ejercicio, y el director, entusiasmado, la miró y le dijo:

—Se me ha ocurrido una idea colosal. La contrato, señorita, para un número de tiro que será un número cañón.

Ella se negó al principio, pero luego convencida de que era preciso vivir hasta que se le arreglasen las cosas, aceptó.

Los dos quedaron, pues, contratados.

* * *

El señor Cord recibió un telegrama de Peters participándole que Anny había desaparecido.

Aquella mañana fué a visitarle Artemio Sclerosis y el millonario le propuso:

—Váyase a Berlín y encuentre a mi hija. Y se casará con ella... si ella consiente.

Sclerosis comunicó luego a sus amigos aquella idea.

—Hijos míos. Nos vamos todos a Berlín.

El rey panadero ofrece ahora su hija a un detective.

Y en el primer buque embarcaron para Europa.

Y allá en Berlín, Anny y Walter debutaban.

El público de los estrenos del Elysée Palace no se reclutaba precisamente entre el personal de las Embajadas. Era bastante ordinario.

Y el debut de Anny estuvo a punto de constituir un fracaso, pues aquellos tiritos al blanco no divertían al respetable, ni mucho menos, oyéndose voces de protesta.

Y como la cosa fuese mal, Anny disgustada comenzó entonces a echar flechas sobre los espectadores y ésto promovió grandes risas entre el público, sobre todo cuando una de las flechas vino a caer en la falda de una mujer que antes había protestado porque Anny enseñaba las piernas.

Al levantarse esta espectadora se le rasgó la falda a consecuencia de la flecha y quedó en ropa interior.

El éxito de risa fué grande... Anny se había salvado.

Al día siguiente y otros días la muchacha

siguió trabajando y perfeccionando su arte.

Tiraba su arco contra nueve cajas colocadas en el fondo del escenario y de cada una de ellas surgía una mujer...

Walter tocaba el piano... y contemplaba con emoción el trabajo de su linda amiga.

El chofer Fritz vió actuar a Anny en el Elysée y corrió a comunicar esta noticia a su amo.

Este acababa de recibir un telegrama del señor Cord que decía así:

"La lección me parece suficiente. Mándeme urgente Anny. Saludos."

Se dirigió aquella misma noche al Elysée, dispuesto a acabar con la farsa.

Entró en el camarín donde Anny después de su actuación se estaba vistiendo.

Al ver entrar al antiguo obrero tan elegantemente vestido, la más grande sorpresa se pintó en su rostro.

—¿De dónde sacó usted ese elegante disfraz?

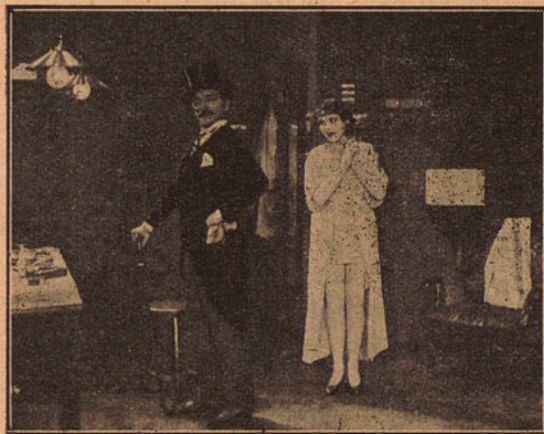
—No es disfraz. Ese telegrama la enterará a usted de todo.

Ella leyó... Todo estaba descubierto.

—Sí, Miss Cord. Soy Harry Peters, el re-

presentante en Berlín de su señor padre.

—Pues le diré, señor Peters. He hallado una carrera que me satisface. No quiero mar-



—¿De dónde sacó usted ese elegante disfraz?

charme por ahora a Nueva York. Me quedo aquí.

—No puedo oponerme a su designio. Como usted guste, señorita. Yo he cumplido ya con mi deber. Su equipaje está en la prefectura de policía. Si lo reclama se lo devolverán.

En aquel momento apareció Walter quien al ver al antiguo lavaplatos vestido de eti-

queta no pudo reprimir un gesto de estupor. Seguramente aquel hombre era un aventurero.

—No hay ninguna razón plausible para que se esté usted aquí y en cambio hay muchas y excelentes para que se esté fuera.

—Walter, ¿por qué insultas a ese caballero?

—¿Cómo le defiendes?—rugió Walter, celoso—. No has querido confiar en mí. Pero ahora comprendo que hay un gran misterio en tu vida.

El señor Peters se alejó, disgustado...

Walter continuó diciendo a su amiga:

—¡Quiero saber la verdad... la verdad, entera!

Ella intentó calmarle.

—¡Eres una aventurera y ese hombre es tu cómplice!—rugió Walter.

—Puesto que te empeñas, está bien—dijo ella, desesperada—: soy una aventurera. Y soy todavía más de lo que puedes imaginarte. Acabo de escaparme de la cárcel.

—¿Qué dices?

La joven estaba excitadísima al verse censurada por su amigo. Y seguía excitándole más y más.

—He cometido todos los crímenes que una persona honradamente puede cometer. Robé, falsifiqué, incendié, asesiné, envenené... ¡Ya estoy cansada! Las manos me chorrean sangre. Voy a entregarme a la policía.

Walter, horrorizado, intentó calmarla, pero no lo consiguió.

Se dirigieron los dos a la prefectura. Anny quería salir de una vez de aquella situación.

Entraron en la sala donde estaban varios empleados de la prefectura.

—Tengo entendido que andan buscándome—dijo ella—. No busquen más. Aquí me tienen.

—¡No la escuchen!—decía Walter, angustiado—. Ha perdido la razón. Todo lo que dice que ha hecho, no lo ha hecho ella, lo he hecho yo.

—He sido yo... yo.

—Esperaré a que salgas... toda mi vida si es necesario.

Tomaron el nombre de Anny y poco después ella sola fué introducida en el despacho del señor prefecto.

Cuando esperaba que éste la recibiera du-

ramente, vió Anny que le alargaba la mano y le decía con toda amabilidad:

—¡Oh, señorita Anny! Por fin la hallamos. ¿Por qué no vino usted antes a buscar sus papeles de indentificación?

Y mientras ella y el prefecto hablaban en conversación amistosa y Anny iba calmándose de su momentánea nerviosidad, el pobre Walter aguardaba en la antesala.

—No se preocupe usted por ella—le dijo un empleado—. Se trata efectivamente de miss Anny Cord, la hija del millonario yanqui.

Estas palabras destrozaron el corazón del pobre Walter. Una millonaria... Sus sospechas primeras habían sido ciertas... Y una gran pena le invadió el corazón.

¡Una millonaria! Es decir, la mujer imposible, la mujer elevada a una categoría superior que él nunca podría escalar.

¡Qué desengaño! Y ni siquiera quiso esperar que saliera y marchó melancólico con el alma rota.

Cuando ella salió se encontró con que Walter se había marchado. Y también una sombra de melancolía cruzó por sus ojos.

* * *

Al día siguiente Harry Peters recibía la visita del gordo Sclerosis que acababa de llegar a Berlín, en busca de Anny.

—He cumplido las instrucciones recibidas de Cord, pero Anny no quiere por ahora regresar a Nueva York—le explico Harry.

—A ver si nosotros logramos convencerla—dijo el presidente de la P. E. P. A., que había llegado con los ocho miembros restantes del club.

Y aquella noche en el Elysée, el director dijo a Walter al verle aparecer:

—Todo Berlín quiere admirar las proezas de nuestra estrella.

Walter repuso:

—Su "estrella" le va a estrellar a usted. Es la hija de un multimillonario yanqui y ya no la verá más por aquí.

—Una americana con mucha tela. ¡Rechicago! Estoy arruinado—gimió el empresario.

El Elysée estaba lleno de gente.

Se sucedieron las diversas atracciones... pero la joven no aparecía. El director estaba

padeciendo de los nervios y Walter, tristemente, se preguntaba qué objeto tenía ya la vida, habiendo perdido a la mujer que amaba.

Como iba haciéndose tarde y no aparecía Anny, el director avanzó hacia el público y dijo con temblorosa voz:

—Respetabilísimo y considerabilísimo público: Aunque me linchen ustedes, prefiero decirles la verdad...

Pero en aquel instante se abrieron las cortinas y apareció en el escenario la bella Anny que no había querido faltar aquella noche a su actuación aunque se había retrasado algo.

El director estaba loco de alegría.

Anny comenzó a actuar entre aplausos y al tirar las flechas contra las acostumbradas cajas de madera, vió con sorpresa enorme que cada una de ellas salía un joven, un miembro de la P. E. P. A.

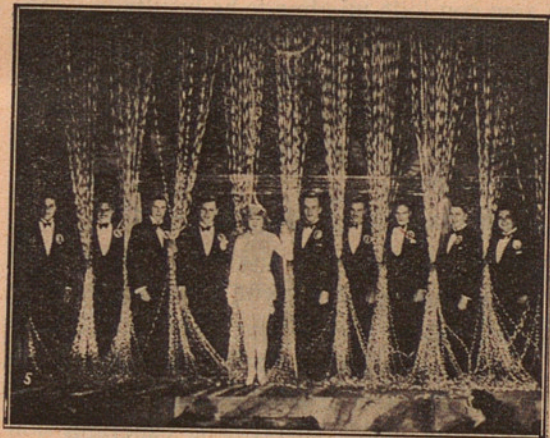
Sus amigos le habían preparado aquella sorpresa, sin que Anny tuviera el menor conocimiento de ello.

Loca de alegría al verlos, adelantó hacia las candilejas con los nueve galanes para recibir los aplausos de los espectadores.

Walter estaba asombrado de que Anny

volviese a actuar allí y además de la presencia de aquellos nueve caballeritos.

Al acabar la función, Walter no quiso ir al cuarto de su amiga, pero Harry Peters, que



... para recibir los aplausos de los espectadores.

había asistido a la representación, al verle solo y triste comprendió que estaba muerto de celos y acercándose a él le dijo cariñosamente:

—No hay ninguna razón plausible para que se esté usted aquí, y hay en cambio muchas y excelentes para que se venga conmigo.

El, entristecido, siguió sus pasos.

Llegaron al camarín de Anny, y Walter se echó a sus pies.

—Perdóname... He dudado de ti... Yo que te amo con toda mi alma te he insultado... Merezco tu castigo.

Anny estaba rodeada de los nueve miembros de la Peña.

Avanzando hacia Walter le levantó y le dio un dulce beso.

—Quedas perdonado, con toda el alma, Walter.

El presidente de la peña exclamó mirando a sus amigos:

—¡El primer beso! Está condenado a cadena perpetua matrimonial.

Pero una nueva sorpresa le esperaba aún a Anny. Entró su propio padre que había llegado aquella mañana de Nueva York, habiéndose ya entrevistado con Peters.

Corrió a abrazarla y le dijo:

—¡Espero que te haya aprovechado la lección!

—¡Oh, papá!—exclamó cubriéndole de besos—. Mira si aproveché la lección que hasta he ganado un novio.

Y le señaló a Walter.

—Creo que hubieras hecho bien en avisarme—dijo su padre riendo.

Entró Amapola, la secretaria del millonario.

—¿Cómo? ¿También ha venido la secretaria?—dijo Anny.

—Ya no es mi secretaria. Es mi mujer.

—Oye, papá, ¡hubieras podido avisarme!

—dijo riendo.

Y volvió a acariciar a Walter al que amaba con toda su alma.

Unos días después se reunían los nueve miembros de la Peña y acordaban disolver ésta.

Iban enlutados y echaron todos a una especie de urna las letras que unidas formaban el nombre de Anny Cord.

—Hijos míos — dijo Sclerosis—. La Peña ha quedado disuelta. Anny se nos casa con un castigador de teclas. ¡La P. E. P. A. ha muerto! ¡Viva la P. E. P. A.! Y ahora a ahogar nuestras penas. ¡Y les pondremos corchos para que no se hundan!

Y bebieron champaña pensando en la canción famosa: El vino hará olvidar las penas del amor...

FIN

¡El mayor éxito editorial del año!

La formidable novela

Los Cuatro Diablos

Asunto dirigido por el coloso de la escena muda,

Murnau, director de AMANECER

Intérpretes:

Janet Gaynor, Nancy Drexel, Charles Morton, Barry
Norton y Farrell MacDonald

Reciente estreno en Madrid, alcanzando el éxito que
cabía esperar de tan extraordinaria producción.

ENCARGUE

inmediatamente a su librero este libro de las selectas

**Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica**

ESTA SEMANA

en las selectas *Ediciones Especiales de*

La Novela Semanal Cinematográfica

la formidable novela rusa

VOLGA, VOLGA

Producción que merece el
calificativo de colosal

500, -

E. B.